

## **Vigésimo quinto Domingo. Tiempo Ordinario. Año B**

### **Lectio divina sobre Mc 9,30-37**

---

Hay que colocar el episodio evangélico hacia la mitad del ministerio público de Jesús: tras predicar el Reino de Dios por las aldeas de Galilea, Jesús se toma un tiempo, camino de Jerusalén, para adoctrinar a sus discípulos a solas. El pasaje nos ofrece un buen resumen de cuanto les descubría cuando estaba con ellos a solas: al parecer, aprovechaba estas ocasiones de mayor intimidad para anunciarles su trágica muerte y preanunciarles su inmediata resurrección. Es revelador que Jesús, quien solía hablar en parábolas cuando predicaba el Reino de Dios a las gentes sencillas, prefiriese el lenguaje directo y concreto cuando, hablando a quienes compartían su camino y su predicación, les adelantaba su final cruento y su victoria final. Los discípulos no tenían así que adivinar qué es lo que les esperaba ni abrigar dudas sobre el destino de su maestro. Quienes le acompañaban debían saber hacia dónde les llevaba su señor: una muerte violenta seguida de una vida sin fin.

---

**En aquel tiempo, <sup>30</sup>Jesús y sus discípulos se marcharon de la montaña y atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, <sup>31</sup>porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía:**

**«El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará.»**

<sup>32</sup>**Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle.**

<sup>33</sup>**Llegaron a Cafarnaún, y, una vez en casa, les preguntó:**

**«¿De qué discutáis por el camino?»**

<sup>34</sup>**Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. <sup>35</sup>Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:**

**«Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.»**

<sup>36</sup>**Y, acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:**

**<sup>37</sup>«El que acoge a un niño como éste en mi nombre me acoge a mí; y el que me acoge a mí no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.»**

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Por segunda vez Jesús anuncia su final cruento, mientras va de camino hacia Jerusalén. Lo hace con suma brevedad (Mc 9,31). Ahora la incomprensión no domina solo a Pedro (Mc 8,32-33), ha ganado a todos los discípulos (Mc 9,32). La catequesis de Jesús va dirigida, en exclusiva, a sus discípulos. El episodio está situado en Galilea todavía, aunque el viaje sea de incógnito. Jesús no deseaba que se supiera por dónde iba *porque se encontraba* enseñando a los suyos (Mc 9,30). Y seguirá instruyéndoles a solas, en casa (Mc 9,33).

El anuncio introduce, de nuevo, una charla de Jesús con los suyos (Mc 9,30-50), en la que se recoge una colección de dichos de Jesús, que tienen una relación más o menos directa con el seguimiento, a saber, la disputa en torno al primer puesto (Mc 9,33-37), el caso del exorcista que, por no ser discípulo, pone en cuestión el seguimiento (Mc 9,38-41), el escándalo del pequeño (Mc 9,42-48) y la imagen del auténtico discipulado (Mc 9,49-50). Cuanto Jesús persigue, camino de Jerusalén, no es lo que piensan conseguir quienes le siguen. Es dramático comprobar que *un discípulo puede ir tras su maestro toda su vida, mientras pone toda su vida en buscarse a sí mismo*.

El narrador sólo deja hablar a Jesús (Mc 9,32.33.35.37). Lo que los discípulos dicen o quieren no es digno de ser citado. En el proyecto editorial del narrador el episodio tiene un objetivo preciso. Para subrayar mejor la divergencia de propósitos entre Jesús y cuantos le siguen, Marcos marca la distancia de afectos – trágico espectáculo –, que separa al maestro de sus discípulos. Mientras uno sigue su camino, irremediable pero libremente, hacia la cruz, los otros tratan de ganar privilegios y pelean entre sí por conseguirlos. ¡Pocas veces ha estado tan solo el hijo del hombre, tan lejos de cuantos le acompañaban! Errados andan cuantos le siguen soñando en honras por venir, o en primeros puestos que ocupar. Seguirle es servir hasta el final.

El magisterio de Jesús se centra en exclusiva en ellos (Mc 9,30), pero aún así sus esfuerzos van a resultar inútiles. Los discípulos no entienden y temen preguntarle (Mc 9,33). Callan cuando son interrogados, porque vergüenza les da decir en que se entretuvieron en el camino (Mc 9,34). Sentado, como corresponde a quien enseña, hace venir a los doce para darles una doble instrucción, primero, en forma de máxima categórica (Mc 9,35), después, con una acción simbólica que explica inmediatamente (Mc 9,36-37). El servicio al último y la acogida del menor son tareas señaladas como enseñanza en exclusiva para los más íntimos. Que no se narre la reacción de los doce hace de ese magisterio una propuesta por asumir. Es lo que se espera del lector del evangelio, si es que desea ser contado entre los más fieles.

#### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

No se sabe si admirar más la certeza con que Jesús preveía su muerte, su clarividencia al adivinar su propia tragedia, o la incapacidad de sus discípulos para entender las palabras proféticas de Jesús. Y a duras penas podemos comprender hoy el

miedo que les impidió preguntarle por el sentido de semejante anuncio. Y es que mientras Jesús estaba ocupado en prepararles para la prueba cercana, los discípulos se habían preocupado por asegurarse dignidades y primados. Mientras Jesús pensaba en la inevitable cruz y en los sufrimientos venideros, los discípulos andaban discutiendo entre sí sobre honores que alcanzar a toda costa. ¡Pocas veces han estado los discípulos más lejos de su maestro! Mientras el Señor pensaba en dar la vida, los siervos se afanaban por convertirse en señores; los discípulos se entretenían a jugar a ser príncipes, cuando el Maestro, junto a ellos, estaba jugándose la vida. ¿Cómo iban a entender lo que les decía? ¡Y cómo no iban a sentir miedo en confesarle sus verdaderos intereses! Un Maestro que camina hacia la muerte, contradice las ganas de vivir de sus discípulos. Un señor que anda prediciendo su trágico final llega a sus seguidores a la ruina; no les debía parecer muy digno de ser seguido Cristo si iba a entregarse a sus enemigos. Tenía que darles miedo Jesús, quien sabía que iban a quitarle la vida: ¡corrían peligro si seguían en su compañía!

Como tantas otras veces, en aquellos discípulos estamos retratados también nosotros. Como ellos entonces, no logramos entender una enseñanza que tenga la cruz como contenido ni comprendemos a un Maestro que camina a sabiendas a su propia destrucción. Como a ellos entonces, nos preocupa más nuestra propia suerte que la suerte de nuestro Señor. Y mientras nos propone el camino por él recorrido, seguimos, como los primeros discípulos, como cualquier discípulo de Jesús, ilusionándonos con ocupar puestos que él jamás obtuvo o poniendo trabas al hermano que ha llegado a donde nosotros no pudimos. Los cristianos no entendemos a Cristo, hoy como ayer, porque no aceptamos de corazón que nos siga proponiendo un camino que incluye la cruz, la vida que nos es arrebatada con violencia o que se nos escapa sin sentido. Los discípulos de Jesús seguimos teniéndole miedo, siguiéndole como estamos sin atenderle de verdad, porque atendemos más a los deseos de nuestro corazón que al corazón de nuestro Maestro. De este modo seguimos empequeñeciéndonos, soñando privilegios y honores que no serán nunca nuestros, discutiéndonos a quienes los obtuvieron antes que nosotros, robándoselos, si es el caso, al hermano que los disfruta.

A base de echar en falta honores y privilegios, no dejamos de hacernos cada vez más pobres, menos favorecidos. Pensando más en tener que en dar, acrecentamos nuestra hambre de poder y achicamos nuestra capacidad de satisfacerla. Si pensáramos, en cambio, en lo que tenemos y podemos entregar a los demás (algo de nuestro tiempo, una sonrisa, nuestra atención, nuestros sentimientos mejores, la vida diaria, la vida sencilla y concreta, en una palabra), nos podríamos considerar dichosos. Entenderíamos mejor al Jesús que seguimos y no le tendríamos tanto miedo a seguirle más de cerca. Más que en lo que nos falta, deberíamos pensar en cuánto le faltamos a los demás, reservándonos para nosotros lo que ya tenemos. Robamos al prójimo aquello que Dios ha puesto en nuestras manos y en nuestro corazón y él todavía no ha obtenido.

No fue al azar que Jesús presentara a un niño como el modelo del mejor discípulo, aquél que le era más cercano: acercándolo al grupo de los Doce y poniéndolo en medio de ellos, el Maestro aproximó a sus discípulos, de forma tangible, la norma que deseaba rigiera sus vidas. El niño no gozaba de muchos privilegios en tiempos de Jesús; junto con las viudas y los pobres pertenecía a esos grupos de personas desprotegidas en la sociedad. Pero mientras aquéllas habían tenido ya una posibilidad de vivir libremente, el niño dependía totalmente de los demás para poder sobrevivir: era realmente el último, el último de la sociedad, el último en la familia. Y es en cuanto tal que fue escogido como ejemplo vivo del discípulo. Por ser alguien que para sobrevivir ha de vivir en dependencia de los demás, el niño es el modelo de identificación de cuantos siguen a Jesús. La comunidad de los discípulos de Jesús tiene como primero al que aparece el último, y el más débil es su mejor modelo.

No nos ha de resultar fácil esta enseñanza de Jesús. Vivimos los discípulos de Jesús hoy en una sociedad que se desvive por vivir mejor, donde la gente se está matando todo el santo año, para poder vivir a tope unos días de vacaciones. Vivimos los cristianos en un mundo hoy donde la prepotencia manda, en el que se hace héroe a quien llega antes y más lejos, sin caer en la cuenta que suele ser siempre a costa de muchos. Vivimos en sociedades que envejecen poco a poco, donde los niños cada vez más frecuentemente quitan – y se quitan – la vida, sociedades que están marginando a quienes aún son jóvenes. Nos ha tocado vivir hoy a los discípulos de Cristo en un mundo que, por dejar de oír a Cristo, está perdiendo su juventud y diezmando su niñez. Y ello no es casual. Quizá porque sentirse débil es una vergüenza, quizá porque vivir necesitando de los demás es un fracaso, estamos dejando de ser discípulos de Cristo, entendiéndolo cada vez menos y temiendo sus ocurrencias cada vez más.

Nos hace falta, hoy como ayer, coraje para vivir a contracorriente, si queremos de verdad permanecer en nuestro mundo como discípulos que siguen un Maestro que camina a sabiendas hacia un fin, su muerte, que no es el final. En Cristo Jesús, tenemos la prueba; su entrega por nosotros fue el camino para llegar a Dios. Nosotros hoy sabemos mejor que los primeros discípulos entonces que la vida que se entrega por los demás es una vida que se recupera para siempre: vivir preocupados sólo en sobrevivir está llevando a muchos de entre nosotros al desencanto temprano y la desesperación. Vivamos desviviéndonos por los demás y seremos dignos de nuestro Señor, que murió en cruz y vive para siempre. Sólo así habremos aprendido a vivir no solo junto a él sino como él.